

REVISTA "UNIVERSUM"

Universidad de Talca

EL ELOGIO DE LA LENGUA CASTELLANA EN LA OBRA DE MIGUEL DE UNAMUNO

Alfonso Vermeylen (*)

En el mes de septiembre del año 1986, el P. Alphonse Vermeylen fue invitado por el Depto. de Lengua y Literatura Castellana, de la Universidad de Talca, donde leyó la conferencia sobre Unamuno que publicamos en la revista **UNIVERSUM**.

El Dr. Vermeylen es profesor del Centro de Estudios Hispánicos de la Universidad Católica de Lovaina, desde el cual ha formado a varias generaciones de hispanistas, convirtiéndose en un gran promotor del estudio de la lengua y la literatura castellana en Bélgica y otros países de Europa.

En el presente artículo analiza uno de los temas probablemente menos estudiados de la obra de Miguel de Unamuno (1864-1936): la relación existente entre su filosofía y su concepción (elogiosa) de la lengua castellana. Se muestra como el antirracionalismo vitalista del gran pensador vasco coincide con su imagen del castellano como una lengua más apasionada que lógica (en oposición, por ejemplo, al francés cartesiano); y otras características del idioma, que el P. Vermeylen señala apoyándose en variadas citas que denotan su sólido conocimiento de la obra del ex-rector de la Universidad de Salamanca.

(*) Profesor de la Facultad de Letras de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica.

Me da gusto publicar en **UNIVERSUM** el trozo esencial del texto que tuve el privilegio de leer el primero de Septiembre de 1987 en el Salón de Honor de la Universidad de Talca a invitación del Profesor Francisco Javier PINEDO, doctor en Lovaina y amigo mío desde una decena de años.

Reaccionando contra la bien conocida atmósfera de fracaso, de "humillación y de desastre nacional que cunde en su patria alrededor del 98 a raíz de la derrota colonial, afirma Unamuno altivamente, y como a la faz de las demás naciones, que España tiene, así leemos en el último capítulo de la *Vida de Don Quijote y Sancho* (de 1905), **un destino entre los pueblos..., el de hacer que nuestra verdad del corazón alumbre las mentes contra todas las tinieblas de la lógica y del raciocinio** ⁽¹⁾.

Ya que el elogio de la lengua castellana y la reivindicación de su dignidad que se encuentran tanto en la prosa del autor como es sus versos se enraízan en el concepto básico

de su obra entera, cabe, antes de escudriñar este elogio, recordar brevemente cuál es este concepto básico.

En el fondo, no es otro que el irracionalismo que se encuentra analizado perfectamente en el estudio fundamental de François Meyer **L'ontologie de Miguel de Unamuno** publicado en París en 1955, traducido por Goicoechea y publicado en Madrid por Gredos en 1962. Además, hay que tener en cuenta el libro (menos difundido y es una lástima) de José María Sánchez Ruiz *Rito, mito y tragedia. Ensayo sobre la filosofía de D. Miguel de Unamuno*, editado en Zúrich (Suiza) en 1964.

Si descartamos unas páginas de juventud, la **Filosofía Lógica**, escrita entre 1883 y 1892, muy impregnada de idealismo kantiano y postkantiano, y que el autor dejó sin publicar a los 28 años de edad, se puede decir que para Unamuno las ideas y la inteligencia son para la vida y no ésta para aquéllas. Es decir que de la vida brotan el pensamiento igual que el sentimiento, los cuales son aspectos indisociables de la mente humana, íntimamente confundidos y entrelazados. . Bien ilustrativo es el poema titulado **Credo poético** con su verso de arranque:

Piensa el sentimiento, siente el pensamiento

y con la estrofa tercera:

*Lo pensado es, no lo dices, lo sentido.
¿Sentimiento puro? Quien en ello crea
de la fuente del sentir nunca ha llegado
a la vida y honda vena (²).*

Hasta llegar a decir Unamuno en las páginas tituladas **La ideocracia** (1900): *Lo que para vivir no nos sirve nos es inconcebible (³)*. Y dos años después en el epílogo de su novela **Amor y Pedagogía** escribe: *¿A qué título hemos de uncimos al ominoso yugo de la lógica que con el tiempo y el espacio son los tres peores tiranos de nuestro espíritu? En la eternidad y en la infinitud soñamos con emancipamos del tiempo y del espacio, los déspotas categóricos, las infames formas sintéticas «a priori», mas de la lógica, ¿cómo hemos de emancipamos? ¿Significa ni puede significar la libertad otra cosa que la emancipación de la lógica, que es nuestra más triste servidumbre? (⁴)*. Y también en el mismo Epílogo: *¡Desgraciados de nosotros si no sabemos rebelamos alguna vez contra la tiranía! Nos tratará sin compasión, sin miramientos, sin piedad alguna, nos cargará de brutal trabajo y nos dará mezquina pitanza (⁵)*. Y ya en el capítulo XIII de la misma novela nos encontramos con esta frase que lo resume todo: *la lógica lleva a la muerte (⁶)*. De ahí que el ensayo tan célebre de 1912, **Del sentimiento trágico de la vida**, insista tanto en su primera parte en **el hombre de carne y hueso** y afirme tajantemente en la parte quinta y última: **todo lo vital es irracional y todo lo racional es antivital (⁷)**.

Baste todo lo que acabo de exponer para convencemos de que la actitud filosófica de Unamuno resulta ser la de un existencialismo decididamente abrupto y, a mi modo de ver, no menos útil como decapante respecto a las ilusiones racionalistas que inaceptable en el fondo si debe funcionar este existencialismo como principio absoluto de pensamiento o de vida, siendo el intelecto y el de vivir, creo yo, no tan radicalmente heterogéneos como con magnífica retórica y fulgores proféticos lo proclama el ilustre rector de Salamanca.

Sea como fuere, ésta es la tela de fondo del concepto elevado que tiene Unamuno de la lengua castellana. Los encomios que le dirige están siempre en relación con el vitalismo existencialista propugnado por el propio autor. En la obra de Unamuno pasa con el idioma castellano algo muy parecido a lo que pasa con el **Don Quijote** de Cervantes en su famosa **Vida de Don Quijote y Sancho**. Se sabe que el héroe cervantino fue sometido por Unamuno a una reinterpretación profunda y convertido en ilustración y portavoz del sentimiento y pensamiento del propio comentador: así se explica la paradójica exaltación de la locura, de la sinrazón, de Don Quijote. Igual pasa con la lengua castellana. Unamuno la presenta también bajo una luz francamente y nada menos que apasionadamente suya como un instrumento de pensar y de sentir (acordémonos de *Piensa el sentimiento, siente el pensamiento*) que tiende a evitar las ideas, a rehuir la lógica.

Según Unamuno, la lengua de una nación es una manifestación del espíritu de la misma, de la filosofía propia de ella. En el discurso que pronunció en la universidad salmantina al jubilarse el 29 de septiembre de 1934, afirma el autor: **cada lengua lleva implícita, mejor, encarnada en sí, una concepción de la vida universal, y con ella un sentimiento -se siente con palabras-, un consentimiento, una filosofía y una religión** ⁽⁸⁾.

Ahora bien, para Unamuno la lengua de su país es una lengua de pasión, que no de lógica.

Esto lo había dicho treinta años antes y con toda claridad en el comentario a los capítulos 61 a 63 de la Segunda Parte del **Quijote**: (los hay que) *dicen que es necesario y apremiante podar nuestra lengua y recortarla y darla precisión y fijeza. Dicen los tales que padece de maraña y de braveza montesina nuestra lengua, que por dondequiera le asoman y apuntan ramas viciosas, y nos la quieren dejar como arbolito de jardín, como boje enjaulado. Así, añaden, ganará en claridad y lógica. Pero, ¿es que vamos a escribir algún «Discurso del Método» con ella? Quédense los tales recortes y podas y redondeos para lenguas en que haya de encarnar la lógica del raciocinio racionante, pero la nuestra ¿no sabe ser acaso, ante todo y sobre todo, instrumento de pasión y envoltura de quijotescos anhelos conquistadores?* ⁽⁹⁾. Se echa de ver que alude claramente el autor al francés que es la lengua del tan abstracto y sistemático **Discurso del Método** de Descartes, siendo el francés una lengua desprovista de ramas viciosas y parecida a un jardín a lo Versalles con arbolitos de jardín y bojes enjaulados.

Resulta, pues, ser para Unamuno el español una lengua exuberante, llena de presión vital. La describe Unamuno como una lengua vital, de índole no esencialista sino existencialista, y se echa de ver que la dicha percepción cuadra perfectamente con su presupuesto filosófico personal, con su vitalismo ideoclasta, para usar un epíteto creado por Unamuno y que, según él, definiría bastante bien su pensar. En 1900 en **La ideocracia**, a la que me he referido ya, escribe: **Aborrezco toda etiqueta, pero, si alguna me habría de ser más llevadera, es la de "ideoclasta", de rompe-ideas** ⁽¹⁰⁾.

No hay vida, animada al menos, sin sangre.

Y la sangre, elemento vital por excelencia, vamos a encontrarla presente en el verso primero del soneto 67 del **Rosario de sonetos líricos**, fechado el 10 de octubre de 1910 en Salamanca, al acercarse el 12 de este mes, día de la Hispanidad. Más tarde, en un artículo escrito con motivo de esta misma celebración usa también el autor la imagen de la sangre aplicada a la lengua: **El lenguaje, instrumento de la acción espiritual, es la sangre del espíritu, y son de nuestra raza espiritual humana los que piensan y por tanto sienten y obran en español** ⁽¹¹⁾. Más expresivo, sin embargo, de la fe lingüística de Unamuno es el soneto al que he aludido y sobre el que quiero atraer la atención.

Más expresivo, digo, porque tiene el tono de una apasionada y personalísima confesión (reiteradamente en los primeros versos se encuentra el posesivo **mi**), proclamación muy personal, pues, pero que inmediatamente (igual que los ríos de Jorge Manrique) va como "a dar en la mar" que aquí no es el morir, sino el hablar castellano, cuya resonancia **soberana** (hay que subrayar el epíteto) se extiende a toda la dimensión del tiempo y de la tradición (que se remonta hasta el latín de Séneca y de la que se dice orgullosamente que con Alfonso el Sabio *dio vida a Europa*) y a la vez a la amplia dimensión espacial de los dos mundos, llevando a todos los que integran su comunidad (a modo de ejemplo Juárez, el mejicano, y el filipino Rizal) lo que llama Unamuno **el Evangelio del Quijote**. Y culmina el poema con estas últimas palabras, suprema afirmación del propio mensaje de Unamuno, siendo la "locura" quijotesca la gran simbolización unamuniana del vitalismo antirracional del "hombre de carne y hueso", con quien en toda su obra pretende confundirse el rector de Salamanca, y que, como tantas veces lo re pite Unamuno (es un tema mayor en sus escritos y sobradamente conocido) sueña tan agónica como invenciblemente con no morir.

He aquí el texto de este soneto que dejó brillar un fresco magnífico de palabras con todo su resplandor de conciencia vital encarnada primorosamente en esta lengua castellana que nos gusta a todos:

*La sangre de mi espíritu es mi lengua
y mi patria es allí donde resuena
soberano su verbo, que no amengua
su voz, por mucho que ambos mundos llene.*

*Ya Séneca la preludió aún no nacida
y en su austero latín ella se encierra;
Alfonso a Europa dio con -ella vida,
Colón con ella redobló la tierra.*

*Y esta mi lengua flota como el arca
de cien pueblos contrarios y distantes,
que las flores en ella hallaron brote.*

*de Juárez y Rizal, pues ella abarca
legión de razas, lengua en que a Cervantes
Dios le dio el Evangelio del Quijote ⁽¹²⁾.*

Es inevitable que hispanohablantes de América se pregunten ⁽¹³⁾ cómo concebía Unamuno la simbiosis lingüística "de cien pueblos" dentro del ámbito del "arca" única que es el castellano. ¿Insistía él en la unidad o admitía la diversidad?



La contestación es que consideraba como compatibles y complementarias la unidad y la variedad.

En 1901, en los Juegos Florales de Bilbao hablaba del **sobrecastellano**, de la *lengua española o hispanoamericana, una y varia, flexible y rica, dilatada como sus dominios* ⁽¹⁴⁾. Esto quiere decir a las claras que se oponía Unamuno a la obsesión del castellano castizo (así lo llama). Consideraba que el predominio del castellano como lengua común de España y de su antiguo imperio implicaba como contrapartida imprescindible la renuncia a las estrecheces del purismo. De ahí que ataca a la Real Academia de la Lengua por ser ella demasíadamente propensa al conservatismo. A propósito de esta institución hasta llega Unamuno a decir en 1888 en un artículo de diario: *Lo mejor de todo sería que se suprimiese la Real Academia de la Lengua, dejándole a ésta entregada a sus fuerzas y a su propio juego sin tutores ni curadores* ⁽¹⁵⁾.

Concluamos, pues, que la lengua elogiada por Unamuno como siendo por excelencia la lengua de Don Quijote debe ser, según él, tan generosa, acogedora y fraternal como el propio héroe que la usaba.

Bibliografía

- (1) Obras Completas, editadas por Manuel GARCÍA BLANCO, Madrid, Escelicer, 9 vol. 1966-1971. Vol. III, p. 251.
- (2) **O.C.**, Vol. VI, p. 169.
- (3) **O.C.**, Vol. I, p. 959.
- (4) **O.C.**, vol. II, p. 406.
- (5) **O.C.**, Vol. II, p. 407. Sobre precisar que la tirana es la lógica.
- (6) **O.C.**, Vol. II, p. 385.
- (7) **O.C.**, Vol. VII, p. 163.
- (8) **O.C.**, Vol. IX, p. 449.
- (9) **O.C.**, Vol. III, p. 222.
- (10) **O.C.**, Vol. I, p. 954.
- (11) **O.C.**, Vol. IV, p. 646. En este artículo publicado en **El Liberal** de Madrid, aparece, igual que en el soneto que vamos a citar, la figura de Rizal: "*También fue de nuestra raza espiritual, de nuestra sangre del espíritu, de nuestra lengua española, aquel heroico filipino que fue José Rizal*".
- (12) **O.C.**, Vol. VI, p. 375.
- (13) Añado este párrafo a mi texto leído en Talca porque, en efecto, uno de los oyentes formuló tal pregunta. La contestación que hice en el momento se encuentra aquí, documentada con precisión.
- (14) **O.C.**, Vol. IV, p. 242.
- (15) **O.C.**, Vol. IV, p. 318.